

INTEMPERANCIA DEL ESPIRITU

aunque la misericordia divina es infinita, el mismo Dios. Estás ya, Gabriel, en una región sin humo y sin grietas. El sol radiante de tus amadas Canarias era pálido reflejo del que hoy te calienta y te ilumina. Lo que querían arrancarte y no lo consiguieron, aunque en ello se te fue el corazón, es hoy ya para ti actualidad y vigencia perpetua: el Amor, la Verdad, la Fidelidad. Ya estás con tus amigos. Con Tomás y con Ignacio. Con Teresa. Con Donoso. Con Arriero. Con Pildain. Y con Pedro. Con tu Pedro reencarnado y reencornado en cada Papa. Bueno o malo. Santo o pecador. Quienes somos hombres de poca fe y tal vez tengamos un sentido menos providencial de la existencia que el que tu tenías, jamás olvidaremos cómo ante nuestras indignaciones y ante las indignidades, cantabas, gritabas el *Tu es Petrus*, aunque a veces nos pareciese que te lloraba el alma. Con el *Tu es Petrus* habrás llegado a las puertas del cielo y a sus ecos se habrán abierto de par en par. Desde allí pide a Dios por nosotros. Pide a Dios por la Iglesia. Pide a Dios por España". ¡Amén!

JUAN VALLET DE GOYTISOLO.

INTEMPERANCIA DEL ESPIRITU

POR

GABRIEL DE ARMAS MEDINA (+).

Gabriel de Armas dejó, en su mesa de trabajo, inacabado, el discurso que preparaba para la clausura de la XIV Reunión de amigos de la Ciudad Católica. Decimos inacabado porque junto al texto manuscrito, de su puño y letra, pulcramente, sin tachaduras, y con limpios interlineados, también dejó él un esquema que a continuación transcribimos:

Cómo definía Bossuet la intemperancia del espíritu —Coincidencia con Bossuet de Diderot desde otro punto de vista— San Pablo nos previene contra ella (*Epíst. Romanos*).—La intemperancia es subjetivismo orgulloso, que rompe con la verdad objetiva.—La intemperancia llega a oscurecer la inteligencia: Sciacca, Danielou y Donoso Cortés lo habían formulado: extremo de la inteligencia.—Nietzsche = Zaratrusta, Jouvés.—Sartre, *La teología a cuenta de Dios*.—El progresismo, que quiere conciliar lo inconciliable (*2.º Breviario de S. Ignacio*).—El partitivo de la palabra Tras los sofistas los verdugos—No ha habido revolución que no haya comenzado por el común denominador de las ideas brillantes. Diatriba contra el pasado y: Revolución francesa: Monsieur Gourme. Revolución rusa: el obispo? Revolución española:

Como puede verse, aunque lo escrito resulta redondo y perfecto, sin em-

bargo, según el esquema del propio autor, estaba inacabado, no llegaba sino escasamente a la mitad de lo proyectado. Incluso el último epígrafe escrito, «Revolución española», concluía con dos puntos (:). Con él se llevó lo que en la mente tenía y le quedaba por escribir. No obstante, lo escrito constituye una bellísima introducción a un tema muy actual, a la vez que una perfecta conclusión de los temas objeto de estudio en nuestra XIV Reunión. Por eso, con emoción, publicamos el «Discurso inacabado» de Gabriel.

El vanidoso, ha escrito alguien, con razón, es como un gallo que se imaginase que el sol salía para oírlo cantar. El mundo vive hoy en una fase de intensa proliferación de estos gallos imaginarios e imaginativos. Convencidos, con Zaratrusta, de la muerte inevitable del viejo Dios, disparadas hacia el futuro todas las fuerzas prodigiosas de una voluntad desmesurada de poder, la virtud de la temperancia, al significar un estorbo a cualquier opuesto, ha sido asesinada alevosamente en lo profundo de las almas. La temperancia es moderación, sobriedad, comedimiento, límite y contorno. Opuesto a la ambición, a la vanidad, a la envidia, al orgullo, contra ella, virtud roquera y ancestral de santos, se estrellaban las fuerzas de las tres concupiscencias que constituyen el entramado del pecado. La temperancia es fruto del temor de Dios, principio de la sabiduría: "Initium sapientiae timor Domini", afirma el Libro de los Salmos (110, 10). Ante el convencimiento de que este Dios, a cuya sombra transcurriera nuestra vida, ha dejado de existir, la temperancia como virtud ha pasado a ser tenida por simple frustración psicológica y se han abierto, consecuentemente, como en desplegado abanico, todas las compuertas de los bajos fondos humanos.

* * *

El 9 de agosto de 1685, hace, pues, doscientos noventa años, casi tres siglos justos, Bossuet (1627-1704), en la oración fúnebre de la princesa palatina Ana de Gonzaga de Cleves, pronunciaba estas palabras dignas de su talento y elocuencia: "No creáis que arrebaté solamente al hombre la intemperancia de los sentidos. No es menos engañosa la intemperancia del espíritu. Como aquella, se forma de placeres ocultos y se irrita por la prohibición. El soberbio cree levantarse sobre todos y hasta sobre sí mismo, cuando se eleva, según le parece, sobre la religión, que por mucho tiempo ha reverenciado; colócase en el rango de las gentes desesgañadas; en su co-

razón insulta a los espíritus débiles, que no hacen más que seguir a los otros sin descubrir nada por *sí mismos*; y, convertido en objeto único de sus complacencias, él mismo se hace su Dios" (*Oraaciones fúnebres*, pág. 133).

Estas profundas palabras —repito— fueron pronunciadas por el obispo de Meaux en el año 1685. En 1713 nació en Francia Dionisio Diderot, alma de la Enciclopedia y lazo de unión entre Voltaire y Rousseau. Bossuet, como acusador de la intemperancia del espíritu, y Diderot, como defensor de ella, utilizan los mismos conceptos y casi hasta las mismas palabras desde puntos de vista diferentes, para configurar su definición. Véase, a tal efecto, cómo describe al ecléctico el famoso enciclopista: "es un hombre que despreciando las preocupaciones, la tradición, la antigüedad, el consentimiento universal, la autoridad, en una palabra, todo cuanto subyuga y abate el espíritu, osa pensar *por sí mismo*, remontarse a los principios generales más claros, examinarlos, discutirlos, y no admitir cosa alguna sino bajo el testimonio de su experiencia y de su razón, y sin respeto ni parcialidad por ninguna filosofía de las que ha analizado, fórmase una propia y peculiar de todas ellas" (*Vent. Raulica*, 126).

Pues bien; esta intemperancia espiritual, que "se irrita con la prohibición" y "se forma de placeres ocultos" tuvo ya su inicial manifestación humana en el momento en que la primera pareja dió oídos a la serpiente: "Et eritis sicut Dei" (*Gen.*, III, 5). Desde entonces, el pecado de soberbia intelectual ha trabajado ininterrumpidamente por la destrucción de la obra de Dios. Hoy, la mayor tragedia de nuestra sociedad radica en la extensión y profundidad de la intemperancia del espíritu, que amenaza con raer el propio basamento de la inteligencia humana. La advertencia de San Pablo a los romanos cobra nuevo vigor en el opaco mundo de nuestros días: "... os exhorto a todos vosotros en virtud del ministerio que por gracia se me ha dado: A que en vuestro saber (o pensar) no os levantéis más alto de lo que debéis, sino que os contengáis dentro de los límites de la moderación" (*Rom.*, XII, 3).

¡Moderación y límites! En una palabra: temperancia. Aunque es más fácil, naturalmente, lisonjear al pensamiento para que se ex-

tralímite. Adular inmoderadamente al intelectual para que él abra la ruta. Corromper la inteligencia para tranquilidad del corazón. Obnubilar el pensamiento para que las pasiones troten a su antojo. Poner cendales de estupidez a la mente para evitar remordimientos. Crear una filosofía que dé pábulo y calor a las más apestosas suciedades. Y hasta formular un catecismo, donde Dios y el pecado vivan acomodadamente sin recíprocas inferencias. Por encima de la sabiduría divina, gritan al unísono los coreadores de Zaratrusta: "... el bien y el mal que fueron imperecederos... ¡no existen!— Y quien quiera ser creador en el bien y en el mal, deberá comenzar por destruir y por romper los valores. Así, la mayor malignidad forma parte de la mayor benignidad. Pero esta benignidad es la benignidad del creador" (pág. 107).

Si nuestra sabiduría se afirma en la moderación, en el contorno de nuestras propias limitaciones, como afirma San Pablo, habrá que concluir que la humanidad actual, masivamente, mal conducida por la intemperancia del espíritu, ha sufrido, en su intelecto, un grave trauma. Dice Sertillages: "La razón no lo puede todo. Su última gestión, según Pascal, consiste en comprobar sus límites" (*La vida intelectual*, pág. 17). "El primer deber del filósofo, dice Gabriel Marul, es estar al tanto de los límites de su saber y reconocer que hay dominios donde su incompetencia es absoluta" (*Los hombres ...*, página 88). Pues bien; en nuestro mundo actual es el filósofo, es el pensador, es el intelectual, es el profesor, es el escritor, el que tiene en sus manos los medios audiovisuales, pertenecientes todos a la "élite" de las minorías enseñantes y educadoras, los máximos responsables de esta coherencia colectiva en la confusión y de esta indiferencia y como plácido descanso en el absurdo.

No deja de ser significativa la coincidencia en temas y títulos de dos obras importantes publicadas en nuestros días, por dos eminentes pensadores de relevancia universal. Una de ellas. "La crisis de la inteligencia hoy", del llorado Cardenal Danielou. La otra, "El oscurecimiento de la inteligencia", de la que es autor nuestro entrañable amigo y compañero de jornadas, Michele Federico Sciacca, quien se nos marchó apresuradamente a la eternidad, cuando tanto cabía esperar de su capacidad de saber y de su señorial maestría para

comunicar saberes. Sciacca, como San Pablo, nos vuelve a hablar del límite y afirma que "es el constitutivo ontológico de todo ser" (página 19). "Donde está el límite, allí está el signo de la inteligencia; donde el límite es negado, está el signo de la estupidez; del lado de la inteligencia están la cultura y los sentimientos más altos; del otro, la incultura y las pasiones más bajas: propia de la estupidez es la "tracotanza" o el "ultra cogitare, el ir más allá de los límites del pensamiento y de la voluntad" (pág. 34).

Danielou, por su parte, denuncia que el drama del mundo actual es una crisis radical y profunda de la inteligencia. Sólo la inteligencia auténticamente científica es la que sabe aplicar a cada objeto el método que le conviene: "... como se equivocaría —arguye— un filósofo que quisiera aplicar el método de la filosofía a la física, así también se equivocaría un físico que quisiera aplicar los métodos de la física a la teología. Se equivocaría empleando un instrumento que no está hecho para eso" (págs. 57-58). No olvidemos que "método" es un vocablo de origen griego equivalente a camino. El camino es contorno, límite y medida. Quien abandona el camino, por deseo o por equivocación, por ambición o por prisa, por pereza o negligencia, se pierde y no llega. Se extravía, porque marcha fuera de la vía. ¿Qué es, si no, lo que sucede a nuestro mundo?

En la vorágine de la vida actual, la intemperancia del espíritu ha querido borrar maliciosamente todos los caminos. La verdad objetiva y sus valores no son objeto de investigación, porque no interesan. Nos encontramos a cada paso con estacadas. Aristóteles es ignorado y Santo Tomás despreciativamente sonreído. Definir es casi de mala educación: pero, sin embargo, es la mala educación la que está definiendo. El orgullo intelectual ha accedido a las más altas cimas de la idiotez y nos está alimentando de falacias.

Son para meditar las siguientes palabras de Gustavo Thibon, llenas de vigorosa causticidad: "Hay dos zonas infinitas en el hombre: su orgullo y su miseria, que mantienen una lucha incesante. La miseria, plenamente reconocida y aceptada, es capaz de sofocar el orgullo, pero el orgullo nunca podrá sofocar la miseria. Sólo podrá disimularla, permitiendo que surja un nuevo infinito, que tratará

de conciliar ilusoriamente a los otros dos: el infinito de la incentivo" (*Nuestra mirada*, pág. 288).

La miseria reconocida y aceptada nos conduce a la humildad, que es andar en verdad (*Santa Teresa*, pág. 641), porque nos señala precisamente el sentido exacto de nuestras limitaciones. Bien está el ansia moderada de comprender; pero ante todo hemos de prepararnos para ver, para contemplar las cosas, con ojos limpios, para aceptarlas en su realidad objetiva, bajo el resplandor divino que puso en ellos su inefable destello. La palabra es la gran creadora. Por la palabra, en labios de espíritus intemperantes, sin embargo, se está destruyendo la creación. La subversión, el crimen por el crimen, el terrorismo, que asolan hoy a comarcas, naciones y al mundo entero nacional son la última consecuencia de las ideas que se forjaron las mentes de los conductores de masas. Tenía razón Vasconcelos cuando escribió: "La bala, la piedra, el cañón, todos son potencias subalternas del concepto" (*Pesimismo alegre*, pág. 30). ¿Qué conexión histórica de signo revolucionario, ha dejado de estar precedida y presidida por aquellos que primariamente la arrojaron en sus intemperantes meditaciones?

He aquí un pensamiento que se presenta nítida y transparente en Donoso Cortés. En su polémica con la prensa española (16 de julio de 1849), expone: "Detrás de los sofistas vienen siempre los bárbaros, enviados por Dios para cortar con su espada el hilo del argumento" (pág. 213). En *El Ensayo* (1851) vuelve a repetir, con frase aún más acertada: "... para aquellas sociedades que abandonan el culto austero de la verdad por la idolatría del ingenio, no hay esperanza ninguna. En pos de los sofismas vienen las revoluciones, y en pos de los sofistas los verdugos" (pág. 349).

La intemperancia del espíritu ha prostituido la palabra, el signo más inequívoco de nuestra sociabilidad. No es extraño, pues, que en vez de servir de aglutinante sea hoy factor de disposición y de odios irreconciliables. El abuso indiscriminado de la palabra está convirtiendo al mundo en un campo irremediable de luchas fratricidas. El don de la palabra se nos otorgó para servir de vehículo expresivo a la verdad y lo hemos convertido en el más potente catalizador de mentiras.